

## CAPITULO V

Llegada á Liverpool. — Lóndres. — San Pablo. — Abadía de Westminster — Palacio de cristal. — Tunel. — Tower Hill. — Un domingo. — Teatros. — Monotonía de la ciudad. — Felicidad del pueblo inglés. — Instituciones. — Escuelas dominicales. — Comida en casa de M. Woolkood. — Los novios.

No bien hube llegado á Liverpool, cuando á las pocas horas tomé el camino de hierro con direccion á la gran capital del Reino Unido. A pesar mio, no pude detenerme ni un dia siquiera; y así es que nada conocí de esta hermosa ciudad.

Habiendo tomado el *express*, tren que va con mas velocidad, á las once y cuarto, á las siete y media de la noche entramos en el famoso paradero de *Euston Square*. Y aquí, ya todo es diferente á lo que acababa de ver en los Estados Unidos; pues tuve que buscar un coche de los que llaman *cab*, molestarme en sacar el equipage, y llevarlo conmigo á una posada que de antemano se me habia recomendado. ¡Qué pequeño me parecía todo! ¡Qué diferencia con el hotel de San Nicolas! Pero en cambio de lujo y belleza, todo respiraba quietud, una tranquilidad patriarcal, que hasta cierto punto apeteciera. De todo, aun de lo mejor en esta vida, se cansa el hombre: nuestro cuerpo, nuestro espíritu no pueden hallarse sin contrastes, sin variedad; todo se encuentra mas ó ménos bueno, segun el estado en que se hallan estos dos elementos de nuestra existencia. Muchas veces lo sola imaginacion influye en lo mínimo, y en una mo-

desta choza se encuentra uno mas feliz que bajo doradas techumbres en el primer hotel del mundo.

Me instalé pues, en el hotel de York dirigido por Mr. Quatermaine, y que se halla en la calle de *Bridge New* cerca de la de *Fleet*, y por consiguiente en un punto céntrico de la ciudad. Además de la tranquilidad de que se goza, todo es muy decente y bueno. No podia sin embargo prescindir de preguntarme á mí mismo : ¿Cómo es que siendo Lóndres la ciudad mas grande del mundo, si se exceptua Pekin que no conocemos, cómo es que no tiene tambien los mas grandes hoteles? Parece que así debiera ser. Empero, no es consecuencia lógica, y quien se esperara á encontrar todo en escala homogénea, recibiría solemnes chascos. Cada ramo, cada cosa, depende de un cúmulo de circunstancias particulares. En el caso presente, los americanos sobrepujan á los ingleses, en materia de hoteles, porque estos últimos no son tan ambulantes, no se mueven casi, en comparacion, y son muy aferrados al hogar doméstico. El inglés que vá á la capital, ó se dirige donde un amigo, ó pone casa; y hé aquí porque no podrían sostenerse esos establecimientos monstruos que hay en el Norte América.

Habiéndome hallado en Lóndres anteriormente, y sobre todo viniendo de los Estados Unidos, no me sorprendió mucho, ni recibí fuertes impresiones al pisar de nuevo su suelo. Para que así suceda, para que una ciudad admire, es preciso que sus costumbres, maneras, civilizacion, etc., difieran, sean opuestas á las que ya se conocen, ó que en las mismas cosas y objetos, de los cuales se tiene idea formada, se haya adelantado

mucho y hecho portentos. En cuanto á lo primero, casi todo se parece en Lóndres á los Estados Unidos; pero por lo que respecta á lo segundo, hay monumentos históricos, edificios soberbios, que á buen seguro no tienen los americanos. En el número de estos se halla la famosa catedral de San Pablo, por cuya descripción voy á empezar, pues fué lo primero que visité.

Sobre las ruinas de un templo de Diana, del paganismos que existiera en Lóndres en tiempo del imperio romano, se levantó la gran catedral. Poco despues de la muerte del emperador Diocleciano fué destruido el edificio por los sajones paganos; mas cuando este mismo pueblo abrazó el cristianismo en el séptimo siglo, se reedificó por Ethelberto, rey de Kent. En 1086 un fuego terrible destruyó completamente la iglesia, y fué entónces cuando el muy digno arzobispo de Lóndres, Maurice, emprendió levantar de nuevo el edificio, que no vino á terminarse hasta el año de 1240. Este soberbio templo ocupa tres y medio acres de terreno; tiene de largo seiscientos noventa piés; de ancho ciento treinta, y su mayor altura hasta la cúspide, quinientos treinta y cuatro. Multitud de hombres notables se enterraron en esta iglesia que se convirtió en un verdadero panteon. Allí yacian los restos de varios reyes, empezando por Ethelred II que murió en 1016; de Enrique Lacy, distinguido guerrero y hombre de estado del tiempo de Eduardo I; de Simon Burley; de Juan Gaunt, duque de Lancaster; de Juan Colet, que fué dean de la catedral y fundador de la escuela de San Pablo; de Guillermo I; de Nicolas Bacon, padre del filósofo; de Vandyke, el famoso pintor, y en fin de varios otros mas ó ménos célebres. Mas todas

estas venerables cenizas vinieron á confundirse con las del templo, pues en 1561 en el gran fuego de Lóndres las llamas volvieron á prender en su magestuoso interior. Así permaneció en ruinas hasta 1633, época en que el muy venerable señor arzobispo Laud puso de nuevo la primera piedra. Como todos los monumentos religiosos padeció mucho en tiempo de la reforma. Sus altares fueron destruidos, sus preciosos adornos hechos pedazos por los fanáticos puritanos: hasta el lindo coro se convirtió en pesebre.

La iglesia tal cual hoy existe se empezó en 1675, y el primer servicio divino no se dijo hasta 1697 en que se concluyó toda. El interior es magestuoso, imponente; los adornos del altar mayor son espléndidos, las pinturas magníficas. En el centro hay un altar y en medio de dos columnas un santo, san Erkenwald, cuyas ricas vestiduras y adornos de piezas preciosas producen un efecto sorprendente. En una especie de tabernáculo al lado derecho está un cuadro de San Pablo y en frente otro de la Virgen. Alrededor se ven sepulcros y monumentos de guerreros y hombres célebres: al lado del monumento del doctor Johnson, el sabio filólogo inglés, está el de Nelson; el del arzobispo Newton; el de Juan Rennie, arquitecto del gran puente de Lóndres; el de lord Collingwood y otros. El de Nelson es el que mas llama la atención: dicese que su ataúd se hizo de la madera del palo mayor del buque francés *l'Orient*, que voló en la batalla del Nilo. ¡Los restos del gran marino yacen entre los restos de sus proezas, entre los trofeos de sus victorias. El exterior del edificio aun cuando no se llevó á cabo toda la obra, corresponde en un todo con

el interior. ¡Qué cúpula tan inmensa se levanta á la altura de tres cientos cuarenta piés dominando toda la ciudad! ¡Qué columnas! ¡Qué fachadas con labrados tan finos y caprichosos! Las dimensiones de San Pablo son menores que las de San Pedro. Esta última catedral, la primera del mundo, no se edificó completamente ántes de ciento y cincuenta años, bajo el pontificado de diez y nueve papas y dirigida por doce arquitectos; miéntras que San Pablo se concluyó, como dejo dicho, en treinta y cinco años, bajo un solo arzobispo, y con un solo arquitecto, el sábio y modesto Cristobal Wren.

El costo total de San Pablo se valua en £ 748,000 ó sean 3,740,000 pesos. Al pobre ingeniero apénas se le pagaban fr. 1,000 anuales; pero aunque muriera pobre, legó su nombre lleno de gloria á la posteridad. En una humilde lápida se leen las siguientes palabras al lado de los famosos sepulcros de mármol:

Si monumentum requiris circumspice.

Hermosa y sencilla inscripcion: Si quereis monumento, volved la vista en derredor. ¿Qué mejor monumento, en efecto, que esta soberbia catedral, uno de los primeros monumentos del mundo?

Despues de San Pablo viene la soberbia iglesia ó abadía de Westminster, reliquia de lo pasado y uno de los monumentos mas hermosos de Lóndres. Célebre por multitud de sucesos históricos, es tambien el panteon de muchos reyes y de celebridades literarias. Allí yacen los restos de Milton, el gran cantor del *Paraíso perdido*, del sentimental Dryden, del inmortal Pope; de Geoffrey Chaucer, autor de los *Cuentos de Canterbury* y au-



rora de la poesía inglesa. Admira, sin embargo que apenas los cubra una modesta lápida, cuando estos hombres merecieran otros monumentos. Igualmente sorprende ver al lado de estos sepulcros algunas inscripciones muy ridículas, á hombres que de seguro no merecerán el honor de hallar sus restos en este lugar. Entre otras de estas inscripciones leí una que por su laconismo y significado es tan ridícula como graciosa : no hay duda que debió ser algun original el que la escribió. Dice así :

Here lyeth, wrapt in clay,  
The body of William Wray;  
I have no more to say.

Que puesta en prosa castellana quiere decir :

« Aquí yace envuelto en greda el cuerpo de Guillermo Wray; es cuanto tengo que decir. »

En inglés es aguda, y puede parodiarse de este modo :

Aquí yace entre la *greda*  
Don Circunloquio *Cepeda*;  
Nada mas que decir *queda*.

No somos pues solo los españoles y franceses los que ponemos tonterías en lugar de epitafios.

Bajo el busto de Milton se lee la siguiente inscripcion :

Año de Nuestro Señor Jესucristo de 1707.

Este busto del autor del *Paraiso*

*Perdido* se colocó por Guillermo

Benson, esquire, uno de los

Dos auditores de Su Majestad

Jorje II; superintendente general

Que fué anteriormente de obras

De Su Majestad el rey Jorje I<sup>o</sup>.

Keysbrook fué el estatuario

Que lo talló.

Algo mas que estas prosaicas líneas merecía el primer poeta inglés.

En Lóndres los mejores templos son naturalmente protestantes, siendo la religion anglicana la de la mayoría de la nacion inglesa. Esa multitud de sectas que se ven en los Estados Unidos, unitarios, metodistas, presbiterianos, anabatistas, no existen, ó muy pocas de ellas ejercen su culto públicamente. El catolicismo tan perseguido en reinados anteriores, ha hecho muchos progresos en Inglaterra; y en Lóndres se han levantado magníficos templos á la religion católica, entre otros la iglesia que está en *Saint John's Wood*. ¡Qué imponente y majestuosa es una funcion religiosa en un templo de esta clase! Nada de estátuas de madera, nada de imágenes, nada que tienda á hablar á los sentidos: todo es sencillo, majestuoso. Sobre un altar modesto no se vé mas que una cruz, símbolo de la redencion; no se oye mas que un magnífico órgano á cuyos melodiosos sonidos y acordes, el corazon se conmueve, y el espíritu todo se contrae y se eleva hácia el cielo, hácia Dios!

Pero pasando de los monumentos levantados á la religion, y tendiendo la vista á los levantados á la industria, lo primero que se me presentó fué una gran novedad que no existia cuando hice mi primer viage á Lóndres: el *Palacio de Cristal*. Despues que pasó la Exposicion universal del año de 1851, donde por primera vez se convocara á todas las naciones del globo para medir sus fuerzas en la arena industrial, su edificio que estaba en *Hyde Park* fué trasladado á Sydenham, á pocas leguas de Lóndres; y allí fué donde tuve el gusto de ver esta maravilla del siglo. Yo no tenia idea, francamente, de lo

que era el Palacio : por las descripciones que habia leído en la época de la Exposicion, me figuraba un edificio vastísimo, pero donde no tendría que admirar otra cosa sino lo colosal de las dimensiones, la magnitud de la empresa. ¡Mas cuál fué mi placer, cuando desde los trenes alcancé á divisar sobre una linda colina un edificio grandioso, rodeado de una pradera bellísima, de fuentes, de albercas, de estátuas, de flores, de lagos, como un segundo Versalles! ¡Cuán grande fué mi admiracion al penetrar por aquellas galerías conteniendo toda especie de preciosidades! Confieso que me quedé completamente pasmado : en lugar de un edificio vacío, me encontré una serie de palacios llamados *corte de Pompeyo*, *Escorial*, etc., atrevida imitacion de los verdaderos modelos : encontré inmensos salones donde se exhiben curiosidades de todo género : hallé hermosas galerías adornadas con banderas y flores, y rodeadas por todos lados con magníficos bustos y estátuas : descubrí varios departamentos donde se ostentan multitud de objetos, y que puede comprar el visitador ; aquí un gran gabinete donde se hallan todos los periódicos del reino ; mas allá un cuarto para el que quiera enviar despachos telegráficos ; al extremo un invernáculo donde se ven todas las plantas de la zona tórrida. ¡Oh! aquello es un triple palacio conteniendo un museo, un bazar, un paseo : es una Babilonia, un mundo! por donde quiera que se dirija la vista se encuentran objetos diferentes bajo distintas decoraciones. Por todas partes se ven torrentes, oleadas de visitadores que encuentran cuanto necesitan sin salir, hasta restaurador si no quieren volver á comer á sus casas. Me quedé extasiado, y cuando la orquesta



rompió el silencio tocando el aire *Partant pour la Syrie*, no pude ménos que recostarme al lado de la estatua de Roberto Peel, y exclamar : Este es el gran pueblo del mundo ! esta la nacion mas sábia, que miéntras una parte de sus hijos se ocupa en derribar las fortalezas, los muros de bronce de los tiranos, la otra parte se distrae en contemplar los progresos de su patria bajo las columnas de cristal del templo de la Industria ! Los unos sirven á su patria inmolándose en el altar de la gloria y del honor en los campos de Marte ; los otros sosteniendo el prestigio comercial, trayendo monumentos, depositando prodigios en el altar levantado á las ciencias y á las artes !

Yo habia entrado en el Palacio á las once del dia, ya el reloj marcaba las seis, y tuve que salir habiendo apenas podido arrojar una mirada general á algunas de las cosas que contiene este Palacio, que bien merecería el nombre de encantado : al ménos así salí de él, tal fué la impresion que me causó.

Otra de las maravillas que tiene Lóndres en su seno, y que jamás se cansa el viagero de admirar, es la grande obra del subterráneo que está debajo del caudaloso Támesis, y que es conocida con el nombre del *Tunnel*. Por la parte mas ancha del rio Támesis, se ha hecho un pasage subterráneo, y hoy atraviesa el habitante de Lóndres por él de un lado á otro, pagando un pequeño peaje, con toda comodidad como si pasara por uno de esos bazares que van de una calle á otra. En efecto, cuando está uno en las galerías subterráneas, alumbradas con gas, y viendo los *baratillos* ó tiendas portátiles que las cubren, ¿quién se imaginaria que tiene

sobre su cabeza un caudaloso río, donde están atravesando acaso en el mismo instante inmensos vapores, navios de primer orden? ¿Quién no se asusta al pensar por un momento en el volúmen de agua que lo ahogaría si de repente se abriera la menor grieta por aquel techo? Pero en todo piensa uno ménos en el peligro á que se halla expuesto, tal es la confianza que inspira una obra colosal, consumada á fuerza de sacrificios, con todas las reglas del arte, hecha segun todos los principios de la ciencia. Yo sin embargo, siempre que descendiendo al tunel, y me hallo viendo aquellas negras paredes húmedas, que parecen brotar agua, no puedo prescindir de experimentar cierto terror; se me figura que á cada instante se vienen abajo los muros y se desfonda el edificio. Bien sé que no debe suceder; pero nunca me olvido que nadie sabía mas matemáticas que Navier, que nadie ha dado mejores reglas para construir un puente que este padre de la geometria descriptiva; y que sin embargo la única vez que intentó hacer un puente se le vino abajo. La ejecucion de esta obra ha costado muchos millones de pesos, y, despues del ferrocarril de Venecia, es seguramente la mas colosal en su género que se conozca : es lástima que la utilidad no esté en relacion con el atrevimiento de la idea y con el dinero que la realizó. El pensamiento fué inglés; pero el que lo puso en planta fué un francés, el sabio ingeniero, M. Brunel. Aquí se invirtieron los papeles : generalmente sucede al contrario; las ideas en el órden científico é industrial nacen en la cabeza de un francés, y se desarrollan y ponen en práctica por los ingleses. La Francia crea, inventa; pero la Inglaterra

aplica, perfecciona. Es la nacion que tiene mas talento para aprovecharse de todo lo bueno que nace en los demás pueblos.

En materia de palacios ó residencias reales, los mejores de Lóndres son los de *Buckingham*, *Saint James* y *Windsor Castle*. Yo ya los conocia todos tres, y no quise volver á visitarlos : estas son cosas que con una vez que se vean basta para satisfacer la curiosidad.

En esta ocasion yo ansiaba por ver cosas nuevas, sitios que no hablaran solo á la imaginacion y á los sentidos sino al corazon y al entendimiento por los recuerdos que encierran. Así es que al momento fuí á ver el lugar famoso denominado *Tower Hill* donde han perecido tantas víctimas, tantas celebridades históricas. Allí ví el mismo punto donde sucumbiera el sábio sir Thomas More; el gran protector, duque de Somerset; el jóven y distinguido Surrey! Allí está el sitio manchado con la sangre del gallardo sir William Stanley, el que colocara sobre las sienes de Enrique VII la corona de rey en el campo de Bosworth; del poderoso Eduardo Stafford, duque de Buckingham; del amante de María Stuart, Tomás Howard, duque de Norfolk; del desgraciado Jorge Rocheford, hermano de Ana Bolena!... Despues de contemplar estos lugares donde tanta sangre ilustre se ha vertido, pasé á ver la tienda donde compró el asesino Felton el cuchillo con que quitó la vida al malogrado Buckingham : á pocos pasos está el modesto sitio donde murió el desgraciado poeta dramático Tomás Otway; y donde vió la luz primera Guillermo Penn, el modesto legislador, el sábio fundador de Pensilvania. Pocos palmos apenas median entre el sitio donde exhaló su úl-

timo suspiro el tierno cantor de *Venecia* y del *Huérfano*, y el lugar do se meciera la cuna de Guillermo Penn.

No habiendo en Lóndres aquella clase de hombres, que se ocupan en mostrar al viagero los sitios y explicarle todo lo que los hace célebres, llamados *ciceroni*, como en otras partes, estoy seguro que me quedé sin conocer lo mas interesante de este lugar famoso únicamente por los hechos que ha presenciado; pues por lo demás nada tiene de particular. Los sitios como los hombres suelen adquirir esta triste celebridad. Con el tiempo el viagero instruido visitará tambien con interés la plaza donde se sacrificaron á tantos patriotas colombianos.

La ciudad de Lóndres, con sus dos millones de habitantes, con su inmenso tráfico, con sus sitios memorables en la historia, con sus edificios y monumentos, con sus suntuosos paseos, con sus bellísimos parques, con sus regias moradas, con sus corrientes de oro que inundan sus arcas, con todo esto que la constituye gran metrópoli del mundo comercial, y una de las primeras capitales de las naciones cultas, es una ciudad que cansa á poco tiempo, y que fastidia tanto como admira. Tiene, si puedo expresarme así, todos los defectos y molestias consiguientes á sus ventajas y calidades. Con ese cielo opaco, siempre nebuloso, en cuyo fondo casi nunca se vé brillar el astro del dia; con esas calles todas iguales; con esas casas construidas por el mismo estilo y negras por el eterno carbon que se respira; con esa sociedad egoista donde nadie se ocupa sino en hacer dinero; con esa aristocracia que monopoliza todo lo bueno, y que á cada rato ultraja al pobre con las ruedas de sus carruages y las plantas de sus friones y corceles; con todos estos

inconvenientes el extranjero y particularmente el español, pronto participa de la enfermedad endémica llamada *blue devils* que tan amenudo ataca al seco y estirado londinense.

Yo no sé por qué razón, pero en ninguna parte me he aburrido tan pronto como en Londres. Concibo muy bien que teniendo allí la familia, y gozando de unas cuatro ó diez mil libras esterlinas de renta, la vida léjos de ser pesada, se podrá convertir en agradable; pero el pasante, el mero *turista* no encuentra á poco tiempo nada que le haga llevadera la mansion. Si sale á la calle se expone á que lo aplaste una de aquellas inmensas moles de carretones que van cargados hasta los techos de las casas y tirados por cuatro ó seis de esos caballotes normandos; si quiere entrar á un café no lo encuentra; si busca un gabinete literario, no lo halla; si quiere ir á comer á un restaurador, tiene que caminar mucho, ó gastar dinero en *milores*, para que lo lleven á casa de *Very* en *Regent Street*, á una legua del centro; si se detiene á echarle la visual á alguna beldad, esta al punto se eclipsa dejándolo á uno mas que desairado; si se pone á observar algunas curiosidades de las que se ostentan en las famosas ventanas de los almacenes, de repente viene algun *John Bull* con una carretilla, le afloja á uno las rodillas, y le hace dar un salto mortal cuando ménos lo piensa. No hay mas diversion que ver esos *avisos vivientes*, esos letreros ambulantes, esos hombres que se meten por ejemplo dentro de una gran bota de madera, sin que los vea uno, y que se pasean por toda la ciudad para que el público lea por fuera donde vive ese zapatero y se imponga de sus precios. Por las noches se suelen ver algunos de estos,

llevando en lugar de sombrero un gran farol de papel á cuya luz se leen bien claro los avisos. ¡ Triste es ver convertidos los hombres en pilastras ó esquinas donde todo el mundo... lee !

Por lo que respecta á los domingos, excusado es decir que son los dias mas aciagos para el visitador. El dia del Señor lo guardan los ingleses con un rigor que raya en ridículo : todo movimiento cesa en este dia, y un silencio sepulcral reina por todos los ángulos de la ciudad. Nadie trabaja en la menor cosa, nadie hace nada, hasta fumar parece que es prohibido en la calle. No hay mas lugares abiertos que las iglesias á donde asisten mañana y tarde casi todos los habitantes. Los que no pueden por algun impedimento cumplir con este deber, se quedan en sus casas pero con recogimiento, sin entregarse á labor ninguna, á leer la Biblia solamente. Hasta aquí santo y bueno ; nada mas hermoso que este fervor religioso, y esta escrupulosidad cristiana. Pero, como he dicho, es llevada al extremo. Desgraciado, por ejemplo, del que pretenda agradar á una lady en domingo ! Si por casualidad en uno de aquellos momentos de hastío que pasa uno en su cuarto encerrado, cuando se cansa de leer ó de escribir, al acabar de abrir los brazos como telégrafo se quiere desahogar un tanto del aburrimiento, entonando en sonora y campanuda voz alguna aria ó algun final de ópera, la *Lucia de Lamermoor*, por ejemplo, como me sucedió á mí. ¡ Oh ! ¡ qué atrocidad ! ¡ qué horror ! no habrá acabado de pronunciar el *alma innamorata*, cuando algun alma triste gritará : *¡ Que saquen ese profano ! ¡ Afuera el loco ! ¡ Oh ! what a noise ! That man is mad !*

No solo no se quiere ruido ninguno, sino que es preciso el mayor silencio ; hasta el metal de voz es preciso suavizarlo los domingos. Todo en torno revela tranquilidad, contribuye á dar á este dia un aire sério, impopente. Los pianos yacen cerrados, cabisbajos ; los violines confinados en alguna rinconera. Ni siquiera los trompetines de los niñitos para jugar se escapan ; cual trofeos despues de la victoria, yacen colgados ó tendidos sobre el helado *mantle piece* de la chimenea !

Respecto á diversiones, en un sentido absoluto, las hay sin disputa y muy buenas ; pero relativamente á lo que debiera tener una poblacion como Lóndres, apénas puede decirse que las haya. Los mejores teatros son el de la *Opera*, donde canta en el verano la compañía italiana, que está contratada en Paris para el invierno ; *Drury Lane*, el *Princess Theatre* y el de *Covent Garden*, donde se representan comedias y dramas. El teatro inglés tiene la desventaja de exigir que las piezas y los actores sean de primer órden para que agraden ; que los expectadores estén muy versados en el idioma, y hasta cierto punto acostumbrados al genio literario, y gusto puramente inglés. Yo declaro aquí francamente que prefiero cualquier comedia medianamente representada en el Teatro Francés de Paris, á ver en Lóndres el *Hamlet* por el famoso Macready. Será ignorancia, mal gusto, lo que se quiera : no me gusta el teatro inglés. En el género cómico sobre todo, no tienen gracia, son inaguantables.

A esto se agrega que exceptuando el teatrillo de *Adelphy*, y otros muy malos, á los demás cuesta un dineral asistir á las funciones. En Lóndres, casi todo lo bueno está fuera del alcance de la mayoría, por lo excesivo de

los precios en todo. Un americano decia hablando de esto, que habia pagado por lo que *vido* y por lo que no *vido*, y en este disparatado language está bien pintado lo que acontece en Lóndres á todo bolsillo. Si se va al teatro, hay que pagar las lunetas y entradas carísimo, tomar un coche y pagar desde el momento que se entra al que abre la puerta y pone el estribo; luego cuando se baja al entrar; luego comprar la pieza, luego los refrescos al salir, el alquiler del coche, y todo doble de lo que vale en otra parte. El que quiera divertirse en Lóndres, que apronte la bolsa; las libras esterlinas desaparecen con una rapidez extraordinaria.

Á los pocos dias ya habia asistido á las principales funciones que á la sazón se daban en todos los teatros; ya habia pasado largos ratos en los salones de madama Tussand contemplando sus curiosas estátuas de cera; ya habia visitado la Escuela politécnica, y presenciado algunas *lectures* ó sean discursos sobre filosofía natural ó física; ya habia visto el famoso panorama de Lóndres; ya habia pagado mi correspondiente visita al Jardin zoológico, y me habia distraído algunos ratos observando los diferentes animales curiosos que hay en él; ya habia hecho una excursion á Greenwich á saborear los deliciosos pescaditos llamados *whitebeds*; ya tenia andadas de cabo á rabo las calles del Regente y Oxford, los famosos parques de *Hyde*, de *San James*, donde se goza por la tarde de un paseo muy concurrido; ya en fin, habia visto cuanto puede ver un extrangero, y me hallaba completamente satisfecho de Lóndres. Afortunadamente ántes que el fastidio tomara creces, acaeció la visita del emperador y de la emperatriz de los franceses á la reina Victoria, y



como, es sabido, tuvimos una semana de fiestas para recibirlos. Jamás se habia visto un entusiasmo igual; nunca habia reinado mas animacion en Lóndres que desde el momento en que tuvo en su seno á los ilustres huéspedes. Yo presencié la entrada triunfal que tuvo lugar el 16 de abril de 1855, y pocas veces en mi vida volveré á ver un espectáculo semejante. Allí, á la entrada del puente de Lóndres ví esta funcion solemne; por ese mismo puente por donde pasara el ilustre Juan, rey de Francia, prisionero despues de la batalla de Poitiers, por el pasara ahora el emperador Napoleon III en medio de los víctores y de los mayores manifestaciones de aprecio que puede dar un pueblo. ¡Oh! vicisitudes de la humana vida! ¡Quién habia de decir ahora pocos años que un emperador francés sería tan aclamado y colmado de felicitaciones! ¿Quién hubiera pensado que la misma nacion que mandó á una roca á perecer á Napoleon I, cuyo nombre no mas era bastante para irritar la ira nacional, que esta misma nacion recibiera á su sobrino con tanto regocijo? ¿Y quién, en fin, se hubiera imaginado que el prisionero de Ham entrara á pocos años por las calles de Lóndres al lado del príncipe Alberto, con mas pompa que soberano alguno de la tierra?

Mas el pueblo inglés no era únicamente á Napoleon III á quien tributaba tanto homenaje: en el grande hombre, se saludaba tambien á la nacion francesa, á la digna y poderosa aliada. ¡Oh! si esta alianza entre las dos naciones mas formidables del mundo fuera positiva, de buena fé, ¡cuánto no ganaría la civilizacion y las libertades europeas! Desde luego los amigos de la humanidad y del principio civilizador se alegrarían de

la temeridad del autócrata ruso, y este solo resultado compensaría los inmensos sacrificios que se han hecho en la guerra. La Francia y la Inglaterra unidas, no hay nada que les resista; el equilibrio europeo subsistiría de *facto*; y la paz universal se afianzaría sobre bases imperecederas.

Cuando el filosofo y pensador arroja una mirada sobre la Gran Bretaña; cuando con ojos imparciales contempla la fisonomía política y moral de esta gran nación, y estudia á fondo el carácter de la sociedad y del pueblo, no podrá prescindir de experimentar un profundo sentimiento de admiración. Todo revela juicio, todo indica adelanto; y donde quiera que flota esa bandera es para llevar en pos de sí prosperidad y riqueza. Desde la opulenta capital del reino, hasta la mas pequeña de sus colonias, por do quiera no se piensa mas que en sostener el orden, acatar el gobierno, trabajar y fomentar el progreso por todos los medios. Regístrense los anales de su historia, tómese cualquier época dada, y se observará que siempre ha marchado por la via del adelanto. Conquistada la Inglaterra por las mismas hordas del Norte que invadieron la Europa desde Hengist y los Schleswig-Holsteiners, hasta Canuto con sus daneses, preciso era que ese pueblo invadido poseyera cualidades é instintos muy superiores á los de las demás naciones. Desde el siglo nueve, época que marca el nacimiento de los actuales reinados europeos, puede decirse que no ha hecho mas que adelantar en la carrera de la civilización y de la libertad, mientras que casi todos los demás Estados no han hecho mas que marchar en decadencia. Ilustrada desde su origen por las instituciones romanas,

educada en la observancia del cristianismo y sus divinas leyes, puede decirse que la nacion inglesa siempre ha sido civilizada, rica material é intelectualmente.

Esta felicidad social de que goza el pueblo inglés desde los mas remotos tiempos, yo creo que no se debe á otra cosa sino á ese gran juicio que predomina en las masas; á ese *buen sentido* tan general; á ese fondo de virtud depositado en el corazon de cada morador. No soy yo el que crea que lo deben á las instituciones de que gozan. Desde luego reconozco que el gobierno inglés trabaja en llenar su mision; reconozco que es la realizacion mas completa del sistema representativo; y que no hay instituciones mas sábias ni liberales que las que tienen los ingleses. Todo esto contribuye, coopera al bienestar general; pero no es lo esencial, no es lo que exclusivamente sostiene. El pueblo inglés seria igualmente feliz con cualquier otro código de leyes ménos perfecto, así como creo que el pueblo español y sus descendientes tardarán mucho en obtener estabilidad política aun con las constituciones mas perfectas, y que mas afiancen los derechos y las libertades. Es necesario que haya hombres que las sepan poner en ejecucion, y hombres que las obedezcan ciegamente: gobernantes que no se atrevan á atentar contre las instituciones; y gobernados que si llega este caso, tengan valor bastante para juzgarlos inmediatamente.

El inglés tiene veneracion por las leyes, las obedece ciegamente, por que tiene conciencia de que son la obra de la razon y de la justicia; de que nadie se atreverá á violarlas. Es el pueblo que mas arraigado tiene el amor al órden, y la conciencia del deber, fruto de los prin-

cipios morales y religiosos que se le inculcan desde temprana edad.

De aquí nace que la autoridad es acatada, que todo se cumple al pié de la letra, y esa armonía que parece prevalecer en toda la sociedad.

En cualquier cosa se admira este distintivo de la nacion inglesa, y en lo mínimo se tiene ocasion de conocer lo que se respeta todo lo que se reviste con el carácter de autoridad.

Obsérvese si no ese cuerpo de *policía* de Lóndres: ¿dónde hay una cosa mas perfecta, que cumpla mejor con el objeto para que ha sido instituida? Escogidos todos sus agentes de lo mejor del pueblo, hasta sus semblantes graves, su exterior, su traje, todo agrada é infunde confianza. En otros paises generalmente los policías son formados de gente ordinaria, que se cree autorizada para mirar con altanería á todo el mundo, y el extranjero les huye por lo comun. En Lóndres es todo lo contrario, un policía es un amigo, es un defensor que le dá la sociedad, un compañero que lo conduce si acaso se extravía, que vela constantemente por la poblacion: en ninguna parte se le vé, y al propio tiempo en todas partes se le encuentra. No tiene ese parque de trabucos, pistolas, sables, etc., que cargan en Cuba, por ejemplo; nada de eso: sus armas son la razon, y á una simple palmadita se obedece inmediatamente. Mas impresion causa esto, que todas las armas del mundo.

Preciso es que un pueblo se halle muy adelantado para que se llegue á un grado semejante. Hay incidentes pequeños que hablan mas en favor de las sociedades que todas las disertaciones.

No hay duda que la educacion popular contribuye en gran parte á sostener estos buenos instintos, y á morigerar las costumbres. Aunque el Estado no toma sobre sí el costear los establecimientos, y el apoyarlos directamente como sucede en Norte América; sin embargo, lo que no hace el gobierno, lo suple la pública caridad, y aunque por distintos caminos se llega al mismo resultado.

Las escuelas correccionales para niños conocidas con el nombre de *reformadoras*, son una institucion que merece fijar la atencion por su laudable objeto y el modo como lo obtienen. Sabido es que la poblacion criminal todos los años presentaba de siete á ocho mil muchachos, niños de diez á doce años : muchas veces comparecían ante el tribunal acusados de delitos atroces *criaturitas* que era preciso llevarlas cargadas y que apenas se distinguian cuando se sentaban en los bancos. Los jueces sentian una gran pena al sentenciar estos criminales infantiles á quienes se les hacia duro considerar como agentes moralmente responsables de sus acciones. Jueces y magistrados sabian que si se les castigaba corporalmente, reincidirian, que era imponerles un sufrimiento sin resultado, y que si se les condenaba á presidio eran entónces entes perdidos para la sociedad. Allí cargados de cadenas, en medio de facinerosos consumados, todos sus malos instintos se desarrollaban, toda semilla de bien desaparecia de sus tiernos pechos, su suerte se fijaba desde luego, su profesion les estaba irrevocablemente marcada. ¿Qué hacer? Hé aquí el problema que han resuelto las escuelas reformadoras : por medio de la suavidad y de la dulzura, por medio del es-

tímulo y buen ejemplo se ha logrado no solo castigar á estos jóvenes criminales, sino reformarlos y convertirlos en miembros útiles á la sociedad. De los ocho mil casos que se presentaban anualmente, se calcula que un 89 por ciento se corrige para siempre, y que solo un 11 por ciento vuelve á reincidir. Es, no hay duda, haber llegado ya á un resultado brillante. ¿Cuándo será el día en que á los castigos corporales se substituya la razon y la benevolencia; en que sobre todo desaparezca para siempre de todos los pueblos civilizados esa pena de muerte tan aberrante, tan atroz, tan inhumana?

Muy grata y satisfactoria fué sin embargo para mí la corta mansion que hize en Lóndres. Todos los paisanos establecidos en esta capital, todas mis antiguas relaciones me trataron con la mayor atencion, y me obsequiaron finamente. La víspera de mi partida fuí invitado por Misis Woolkood, amiga apreciable, para *tomar la sopa* en su casa; y no puedo prescindir de describir aquí los momentos que pasé en esta agradable compañía. Una comida á la inglesa es cosa por otra parte que merece digerirse siempre, y encarecerse una que otra vez.

Serian las cinco de la tarde cuando salí del hotel, tomé un coche, y me dirigí hácia la morada de mi amiga. Al poco rato habia llegado á *Harley Street*, y al leer el número despedí mi cochero, y toqué la campana: viendo que no abrian la puerta inmediatamente, volví á tocar y además á dar aldabazos; entónces vino el criado y abrió al momento. En Lóndres debe tenerse presente que ese letrero que está puesto en todas las puertas de las casas de *ring and knock*, es una advertencia al visitador para que no se contente con tocar la

campana, reservada á los criados, sino que ha de llamar á la puerta lo mas fuerte posible : este es el uso. No es *ring and knock*, el nombre del que habita la casa como decía un español recién llegado, que en Lóndres casi todos se llamaban *Ringanoques*, sino un precepto que hay que seguir, so pena de estar de planton en la puerta. Entré pues, y despues de colocar mi sombrero y baston en su lugar correspondiente que está siempre al lado de la sala, me anunció el criado, y héme ya en medio de mis apreciables anfitriones. Despues de un rato de conversacion, de *entre comedor*, si puedo expresarme así, pasamos á este último, á la santa palabra del sirviente *dinner is ready*. La reunion no era muy numerosa, apénas eramos cinco : el marido y esposa, una hija de unos tres lustros y su abuela que pasara de quince. Yo iba á ofrecer el brazo á la señora de la casa, pero el dueño y esposo se adelantó, y no me quedó mas que escoger entre la linda señorita y la decrepita abuela : por un movimiento involuntario cargué con la primera, excusándome de no llevar á la anciana igualmente por lo estrecho del corredor. La comida pues, no podia ser mas *en familia*; y esto era lo mejor, pues habia franqueza, y no era la etiqueta y eterno cambiar copas de los grandes convites. El comedor no podia ser mas lujoso, alfombrado ricamente y adornado con pinturas de precios exorbitantes : una de ellas habia costado dos mil pesos. Al sentarnos á la mesa, y antes de que se hundiera el cucharon en la sopera, inclinó la cabeza el dueño de la casa, y dijo un pequeño rezo. Esta es una antigua costumbre que se observa con el mayor escrúpulo. Yo me hallaba colocado entre la mamá y la niña, y en frente contemplaba con res-

peto la venerable abuela. La distribucion fué lo mas acertado posible, y yo no podia quejarme. No entraré aquí á describir todos los pormenores de la comida : los platos se sirvieron unos tras otros con la misma regularidad que en toda mesa británica. Es decir, á la sopa sigue el pescado, á este una hermosa pierna de *roast beef*, á este el cordero ; luego vinieron las ensaladas, legumbres y demás aditamentos correspondientes ; en seguida se sirvió el pavo con su correspondiente jamon, y algunos principios : luego vinieron los postres, los pasteles, las empanadas de frutas y dulce, y los infalibles *plum* y *crustard pudines*. Aquí se despejó la mesa, se quitó el mantel y concluyó el primer acto. Excusado es decir que todo esto se riega con sendos tragos de vino tinto, oporto, jerez, etc. Estos son los platos, y este es el orden que casi siempre se observa en todas las mesas inglesas. El *roast beef*, especialmente nunca falta, es una cosa indispensable, es una condicion *sine qua non* de toda comida : en una palabra, es una institucion inglesa que se conserva y sostiene como cualquiera otra. La mostaza y algun excitante, casi siempre se acompaña como un ingrediente muy á propósito. Rompe el segundo acto con dulces, pasas, higos, almendras, y cuantas frutas presenta la estacion. Tambien se sirve al propio tiempo queso y galleta, y algunas veces como en esta ocasion, una deliciosa langosta. El dulce valdepeñas, y el espumoso champaña vienen siempre á coronar la conclusion de este acto ; al cabo del cual las señoras se levantan de la mesa, y se retiran porque no puede ser de otra manera. Apénas llegó este momento, mi amigo y yo nos quedamos solos *tête à tête*, sin mas compañeras que las



botellas de vino; las cuales fueron reforzadas por otras de marrasquino, anisete, etc. Se sirvió el café, y mi amigo encendió un famoso *veguero* de la Habana. Yo que no fumaba ni bebía, al cabo de un rato ya estaba fastidiado; pero no así mi compañero, que con un espiral de humo acompañaba una copa de jerez. Así estuvimos mas de dos horas de sobre mesa, y ya empezaba á perder la cabeza y trastornarme, pues por política acepté lo ménos una docena de copas, y esta era una dosis mas que suficiente. Interiormente me hallaba devorado, no solo porque estaba cansado de beber, sino porque estaba desazonado por ir á la sala. Pero Mr. Woolkood, como si tal cosa, en todo pensaba ménos en levantar la sesion. Yo ya ni le atendía la conversacion, á todo le contestaba con frases entrecortadas y lugares comunes, y no hacía mas que mirar para la puerta de la sala, y exclamarme interiormente : ¡Dios mio, hasta cuando!... Al fin como á las diez de la noche sonó la campana, y el anuncio de una visita vino á darme la libertad. Seguimos al salon, y encontramos una familia de visita que estaba atrayendo la atencion de la señora de la casa, y lo que es peor, un jóven muy prendido y apuesto conversando en un confidente á pierna suelta con la muchacha.

Eran dos amantes que hacía algunos meses que se hallaban en relaciones, y ya estaban próximos á recibir la bendicion nupcial. La señorita inglesa es recatada y aun seria; pero desde el momento en que es *bride*, en que un jóven la ama y la hace la corte, ella se consagra á él enteramente. No tienen vergüenza de manifestar su amor, su pasion; al contrario, hacen ostentacion de ella en público siempre que se les presenta la ocasion. Desde que

ya tienen la edad necesaria para entrar en el mundo, los padres les inculcan principios morales y religiosos; les forman el corazón á la par que el entendimiento: les hacen conocer que la mujer no tiene mas tesoro en el mundo que su virtud, y que dado el momento en que la pierde por algun desliz, ya es despreciada é indigna de la sociedad; y en fin, las enseñan á que nunca den oídos á jóvenes mentecatos, sino que se fijen en hombres trabajadores que sean merecedores de su cariño, y que puedan llevarles al himeneo la dicha y la felicidad. Con tales principios arraigados en toda joven, se lanzan como se ve en el mar del mundo, pero llevando siempre la brújula de la virtud que guía sus pasos. Así, el joven tiene entera libertad desde el momento en que es admitido en la casa, y es dueño del corazón de la muchacha. No solo la puede ver á todas horas, no solo los padres los dejan siempre á sus anchas, sino que hasta puede salir con ella á la calle el joven, pasearla por toda la ciudad, y volver á la casa cuando quiera sin que jamás se le diga una palabra. El amante está atado verdaderamente, por los lazos del amor, manos y piés, con nudos muy estrechos que no puede deshacer: está ahogado en libertad. Esta libertad es la que nunca le hace falta á su dueño: estos nudos y las leyes que hay, están para proteger á la inocencia. Sí, en Inglaterra, nadie juega con las mujeres impunemente; nadie se atreve á seducirlas. En este país

No hay burlas con el amor,  
Es preciso parodiar;  
Si se deshoja la flor,  
Los cinco se han de aflojar.

El rigór en las costumbres, y el abandono completo de toda reprension producen resultados muy buenos, y hacen que haya mas moralidad y pureza de costumbres que en ningun otro pueblo.

La muger que es virtuosa, es feliz y considerada por todo el mundo. La que ha caido en el fango del vicio, es despreciada, recibe el condigno castigo. Hay en una palabra, *sancion moral*, que es lo que falta desgraciadamente en la mayor parte de las sociedades modernas.

Discretamente me decidí á dejar tranquilos á los novios y fuime retirando, como quien no quiere la cosa, hácia un rincon que á manera de los polos parecia helado, pero donde estaba sentada la buena abuelita. Allí á la sombra de este venerable tronco no me alcanzaban los rayos de ese sol moral que llaman amor, de ese placer celestial de las dos almas que se correspondian. Yo no sabia como entablar la conversacion : ¡qué decir á una octogenaria á quien ya casi no la interesa este mundo! En el conflicto, por último adopté el tópico de la conversacion de la época, y subiendo el tono de voz, pues era muy sorda, la dije : *Sebastopol is not fallen yet, Ma'am* : « aun no se ha rendido Sebastopol, señora. — No, señor. ¿Cuáles son las últimas noticias? Me repuso la venerable anciana. ¿Cómo va ese sitio, señor, lo sabe Vm.? — Un poco mejor, mas repuesto; creo que pronto se *levantará*. — Oh! como que Vm. está de broma, vamos! ya veo que Vm. es amante de retruécanos. Y así seguimos conversando hasta que mi buena matrona empezó á cabezear, muerta de sueño, y no respondiéndome á todo mas que *yes, yes, oh! dear me*, me cansé, y temiendo

que se me viniera encima este edificio ya me iba á levantar para despedirme cuando se trajo el té. Hubo con este motivo un ratito de animacion y cada uno tomó sus dos tasas con las correspondientes tajaditas de pan y manteca. La muchacha despues que tomó el té cogió de la mesa redonda dos enormes agujotas envueltas de hilo, y se puso con ambas manos á hacer con ellas como quien tira florete; por medio de estos instrumentos casi todas las muchachas inglesas se divierten en hacer objetos de tejidos pequeños, como bolsas, cofias, medias de lana; lo que ellas llaman *knitting work* (tricoter). Yo, sin embargo, no quise ya entrar en conversacion, y siendo muy tarde me despedí de la reunion pidiendo órdenes para Paris.

---

## CAPITULO VI

**Paris. — Recuerdos é impresiones. — Dia de mi llegada. — Sus inconvenientes. — Columna Vendôme. — Palacio del Louvre. — Su reunion á Tullerias. — Lo que se lee en el pabellon Sully. — Museos del Louvre. — La Morgue. — Barrio latino. — Transformaciones. — Academias y Colegios. — Sistema de educacion. — Hôtel de Cluny. — Cementerios. — Edificios célebres. — Recuerdos históricos.**

Con una gran precipitacion salí de Lóndres el 24 de abril de 1855; ya se me figuraba que aquella inmensa metrópoli me habia retenido en sus entrañas, que nunca llegaría á la capital de Francia, tal era el deseo que tenia de verla. Tomé el tren del ferro-carril, y á las pocas horas estaba en Dover; allí me embarqué en un vapor y al cabo de hora y media de pesada travesía del